

Gales y la condesa Elena (a la que en verdad ninguno de los dos ama) permite finalmente descubrir que estos seres, identificados con el genio, la majestad y la belleza no tienen vida propia: necesitan desesperadamente verse reflejados en los ojos de los otros en la admiración ajena, para seguir conservando la ilusión de existir (36).

Sartre vuelve insistentemente sobre estos problemas en su magnífico estudio sobre Genet, en quien la mirada de los demás ha obrado —sostiene el filósofo— como un poder de constitución de la propia esencia. Genet no ha sido ladrón y pederasta tanto por una inclinación íntima, cuando por la mirada sentenciadora de los otros, que ve esas cualidades en él y lo condena: «Clavado por una mirada, mariposa sujeta en un tablero, está desnudo, todos pueden verlo y escupirle. La mirada de los adultos es un *poder constituyente* que lo ha transformado en *naturaleza constituida*» (37). Genet convierte esos ojos enjuiciadores en una destinación divina para el Mal; proyecta el Ojo colectivo en el cielo transformándolo en Conciencia Reflexiva que lo vigila y ordena sus pasos y con relación a la cual él es sólo una conciencia refleja: «Así, por medio de una inversión brusca, la conciencia se convierte en objeto y el objeto invisible de la conciencia pasa a la categoría de sujeto absoluto que la contempla» (38).

De este modo, gracias a esta contemplación terrible y omnisciente, Genet se hace *objeto puro*, esto es, lo visible y lo juzgable por excelencia, a merced de la mirada universal:

Genet huye bajo la mirada de Dios. El poder de convertirse en objeto, que a todos nos corresponde por derecho, se ha exagerado en él y transformado en objetividad permanente: la *visibilidad* es su esencia misma; existe porque es visto. Para él, antes mismo de pormenorizarse en árboles, ríos, casas, animales y personas, el mundo es una mirada que lo saca de la nada, lo envuelve, lo condena. Las cosas son ojos, lo mantienen a distancia, él se desliza por la superficie del ser, rechazado por la luz que se escapa de las hojas, de las corolas, de las ventanas, y que le denuncia a todos (39).

Ahora bien—volviendo a la obra de Sábato—la mirada secreta que contempla, implacable, a los que se inician en el mundo de las Tinieblas, la mirada del Ojo del anciano o del Ojo-Utero de la Diosa en *Sobre héroes y tumbas*; la del Ojo sexual de Soledad, en *Abaddón*,

(36) Sartre: *Kean*, adaptación de la obra de Alexandre Dumas, trad. María Martínez Sierra, en *Teatro*, vol. 3, Losada, Buenos Aires, 1957.

(37) Sartre: *San Genet, comediante y mártir*, trad. de Luis Echávarri, Losada, 1.ª ed., Buenos Aires, 1967, p. 61.

(38) Sartre: *San Genet...*, p. 163.

(39) Sartre: *San Genet...*, pp. 340-341.

es también una mirada petrificante como la de la Gorgona, una mirada enjuiciadora que transforma cabalmente al individuo en objeto, que lo conoce hasta lo más profundo de su interioridad, que lo desnuda, revelándole su culpa —una culpa no tanto personal cuanto metafísica, ontológica—. («¡Ese hombre extraño y misterioso! Nacido culpable como yo. Porque he venido al mundo con una mala conciencia, con miedo a todo, a los hombres, a la vida. Creo que he cometido algo malo antes de haber nacido», *AB*, p. 402.) Pero difiere de la mirada común en una peculiaridad espantosa: el ser que la emite, el Ciego, no puede a su vez transformarse en objeto. Si lo que —según Sartre— caracteriza la percepción del prójimo, es la posibilidad permanente de ser-visto por él, de convertirse en objeto para él (40), esto no sucede así en lo que hace al Ciego, que no ve a los otros con los ojos comunes y que tampoco es visto; la mirada ajena resbala por su piel sin descubrirlo, sin dañarlo, sin reflejarlo, puesto que no se sabe reflejado. Pero en cambio la mirada del Ciego, que se sitúa en un nivel superior de *videncia* numinosa, escarba hasta lo más profundo del ser que lo enfrenta, sin que éste pueda devolver la indagatoria. Bien observa Wainerman que, dentro de la cosmovisión sabatiana, los Ciegos «serían quienes nos observarían desde la oscuridad. Presuntamente, más que una ceguera, tendrían una videncia total, y con ello, la facultad de perseguirnos» (41).

Concluiremos entonces que el simbólico ojo sexual de *Abaddón* (así como todos los ojos simbólicos de las novelas de Sábato en general) es un ojo maligno, enjuiciador, objetivante, que desnuda a quien mira, lo exhibe en su culpabilidad y destruye con esa mirada envidiosa lo bueno y lo puro que el individuo contemplado podía aún atesorar. Y esto es así en primer lugar, porque se trata del Ojo del universo de los Ciegos, y simboliza la capacidad de mirar sin ser mirado, de objetivar implacablemente sin dejar de ser sujeto. Y es así también porque representa la puerta hacia las Tinieblas, hacia la Madre, el Sexo, la Materia, la Carne, que en el mundo mítico del maniqueísmo y sectas afines constituyen centros de numinosidad demoníaca.

Que el ojo esté situado en una posición genital implica además una inversión profunda del simbolismo tradicional metafísico del órgano óptico. El ojo simboliza allí al Intelecto concebido como tal y a su Principio, al cual refleja. Dios es el Ojo supremo que contempla al mundo y lo crea por su visión; es el centro metafísico de lo existente: el corazón y el sol. Por ello el lugar simbólico de este ojo privilegiado

(40) Sartre: *El ser y la nada, ensayo de ontología fenomenológica*, traducción y prólogo del profesor Miguel Angel Virasoro, 3.ª ed., Ibero-Americana, Buenos Aires, 1961, p. 60.

(41) Cfr. Luis Wainerman: *Sábato y el misterio de los ciegos*, Castañeda, Buenos Aires, 1978, p. 26.

mediante el cual el hombre alcanza la suprema realidad, de ese ojo que es una prolongación de la mirada divina y en donde Dios se contempla como Aquello que es conocido, está ubicado metafóricamente en el corazón humano, núcleo del Ser en la simbología tradicional, punto de convergencia del micro y el Macrocosmos. En un contexto hindú, tenemos también al ojo frontal del dios Shiva, el tercer ojo que representa la conciencia de la Eternidad, perdida para los hombres decadentes de la Edad de Hierro (42). El descenso del ojo simbólico desde el corazón o la frente al sexo femenino indica aquí, sin duda, el reemplazo del Intelecto por el instinto, del Espíritu por la materia, del padre solar, por el dominio lunar y tenebroso de la madre, y ya no tanto de la madre, de la Genitrix, cuanto de la hembra devoradora, en toda la oscura fascinación de una sensualidad que se considera como prohibida y dadora de muerte, dotada de una nefasta irradiación numinosa. Hemos dicho que el ojo es imagen antiquísima del centro cósmico—Jung sostiene que el órgano de la vista es el modelo por excelencia del *mandala*, otro símbolo del centro y de la totalidad—; Boehme llama al mandala esférico diseñado en *Vierzig Fragen von der Seele*, «ojo de la eternidad», «ojo de Dios»; aquí junto con el ojo que lo encarna, el centro se ha desplazado a la sexualidad de la mujer:

Una vez desnuda se arrodilló sobre el camastro en dirección a S., lentamente echó su cuerpo hacia atrás, mientras abría sus piernas y las estiraba hacia adelante.

S. sintió que allí estaba en ese momento el centro del Universo (AB, p. 419).

No es, desde luego, la primera vez que una figura numinosa femenina aparece identificada a la vez con el Ojo y con el Centro—o con el Ojo que es Centro—. La ubicua Isis de los misterios y de la alquimia, la diosa de los mil nombres (*una quae est omnia*), que es imagen de la materia primordial en sus insospechadas posibilidades de transformación, recibe el nombre de Virgen del mundo, o Pupila del mundo (pues por ambas denominaciones puede traducirse el griego *koré kosmou*) (43).

6. CONCLUSIONES

Esperamos haber podido mostrar en este ensayo las vinculaciones del rito erótico de *Abaddón* con otras concepciones y rituales pertene-

(42) Cfr. Frithof Schuon: *L'oeil du coeur*, Gallimard, París, 1950. Chevalier y otros: *Dictionnaire des symboles*, Seghers, París, 1973. Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos tradicionales*, nueva ed. revisada y ampliada por el autor, Barcelona, Labor, 1969.

(43) Cfr. A. J. Festugière: *Hermetisme et mystique païenne*, Aubier-Montaigne, París, 1967, páginas 246-247.

cientes al ámbito mítico-religioso: los ritos sabáticos, el *maithuna* tántrico, los esquemas míticos arcaicos de la sexualidad, y sobre todo, la visión maniquea y cátara del erotismo (ya que es en la doctrina de Mani y sus derivaciones donde se nutre esencialmente el simbolismo de la novelística de Sábato). Al exhibir estas vinculaciones esperamos haber mostrado el espíritu religioso del rito (aunque se trate de una religión entre el hombre y el mundo tenebroso), sus antecedentes mítico-mágicos y su entronque en una vertiente simbólica universal. En cuanto a su peculiaridad más notable —la introducción del ojo sexual— hemos tratado de dilucidarla señalando sus conexiones con el surrealismo y su coherencia, por un lado, con la idea mágica del poder maligno de la vista (basada, como lo demostrara Caillois, en la presunta peligrosidad sexual atribuida a la mujer, y en la identidad arcaica de ojos y vagina), y, por otro lado, con la tesis sartreana sobre el carácter objetivador y paralizante —a veces infernal— de la mirada ajena. Finalmente, señalamos la vinculación de estas ideas sobre la naturaleza malévolas de la mirada con la mitología sabatiana de la ceguera: en esta cosmovisión, el símbolo óptico se contempla como dotado de una numinosa omnisciencia destructiva porque es el ojo de los Ciegos, esto es, de aquellos seres que no sienten la mirada del otro, que pueden mirar desde el inaccesible plano de la videncia interior, más allá de los sentidos, sin ser, a su vez, contemplados en la misma forma por los demás. Ahora bien, ¿por qué este símbolo del ojo se inserta en el lugar del sexo femenino? Quizá porque en la *Weltanschauung* de Sábato, que, como ya dijimos, es maniquea en aspectos importantes, la Mujer —hacedora de la repudiable vida del cuerpo, tentadora del hombre— es la representante por excelencia del orden tenebroso de la Materia. De ahí que el ojo, símbolo tradicional en la metafísica universal, del centro cósmico, del Intelecto Superior, descienda a la genitalidad femenina, concebida como centro del Mal, de la Tiniebla, en tanto que es origen de la carne. Penetrando en el sexo ocular de la mujer se entra así en el insondable mundo de los Ciegos, se convierte uno en Ciego al franquear la puerta del ojo terrible; el hombre resigna su dualidad de cuerpo y espíritu para ser definitivamente devorado por la «otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera». (AB, p. 420.)

MARIA ROSA LOJO DE BEUTER

Marqués de Loreto 1960, Castelar 1712,
Provincia de Buenos Aires
ARGENTINA